

A LOS TRABAJADORES

La «Hoja Obrera», en su edición del 15 del presente, comenta la hoja suelta que, días atrás, publicó, acerca del debate político actual, nuestro compañero José María Zeledón. Afirma que lo hace en error, este Centro, —que apoya decididamente, hacer, a su vez, un conciso comentario.

Dice la «Hoja Obrera»:

«Estimamos de todas veras al autor y somos admiradores de sus virtudes, tanto cívicas como políticas, pero no compartimos sus ideas de un subido color anárquico, en esta tierra donde, por dicha nuestra, la democracia es un campo más amplio.»

Analizaremos esos conceptos. El que las ideas de Zeledón ostenten un subido color anárquico, no establece contra ellas, ningún cargo fundamental, puesto que, en lógica rigurosa, la afirmación de que tal tendencia filosófica las tiene, no basta para haber comprobado que son malas. Tanto valdría afirmar que fueron buenas las que informaron el espíritu de la Inquisición, porque eran de un subido color cristiano. A más de que hay en el mundo grupos de hombres que, sin ser anarquistas, piensan como nuestro compañero y como nosotros y practican lealmente sus ideas.

«Durante la pasada crisis parlamentaria en Inglaterra, el pueblo permaneció indiferente, como lo prueba la disminución de electores a favor del supremo esfuerzo de los partidos. Aquí en Francia, la reforma electoral tan discutida en la Cámara de Diputados, no interesa a nadie. El pueblo no sabe siquiera de lo que se trata. En España, las recientes elecciones municipales, ganadas, naturalmente por el gobierno, han presentado un pequeño total de votos en relación con otras, aunque se trataba de un supremo esfuerzo de los partidarios radicales, contrariado por otro esfuerzo oficial no menos decisivo. En Alemania se prevé la misma cosa para el año entrante.»

Tales palabras de Leopoldo Lugones (*La Política y los Pueblos*), que no es anarquista, como tampoco lo son los grupos populares a que alude, comprueban con plenitud nuestra afirmación. Y es de notar que Zeledón, para evitar choques con los ardores de la superstición política, no ha hecho propaganda en favor del abstencionismo doctrinario, sino que se ha limitado a aconsejar que no se lleve el entusiasmo hasta convertirlo en sacrificio de la vida, porque éste sólo es digno de ideas más nobles, y realizado en el campo político sería, como siempre ha sido, dolorosamente infectado. Lo de que por ser exóticas son malas esas ideas, o cualesquiera otras que con tal calificación se señalen, ha sido un argumento absurdo en todas las horas de la historia. Y lo es, mucho más en este instante, en que tantas fuerzas, de diversa índole, concurren a provocar una consciente compenetración internacional en las varias labores de los pueblos. Exóticas son, por su procedencia, todas las ideas y los principios que nutren el espíritu de nuestras instituciones políticas. Acaso es obra nuestra la Constitución? ¿Acaso lo son los Códigos Civil y Penal, ni los demás cuerpos de leyes? Pero extendamos en toda su amplitud el argumento... ¿qué obra ha sido construida, en pueblo alguno de la tierra, en época cualquiera de la historia, en cualquier orden de cosas, con elementos exclusivamente propios del constructor? No. El pensamiento humano hay que perderlo, no tiene patria: es patrimonio común de los hombres. A diferencia de la patria egoísta que los políticos conciben y defienden, que se extiende entre fronteras artificiales y mantenidas por el odio y por la sangre de los pueblos, abarca en toda su extensión, toda la majestuosa amplitud de la tierra. Y precisamente los países pequeños, como los niños, necesitan que todo se les diga, que todo se les haga, necesitan ir hacia el progreso, por las vías que otros pueblos han trazado. Negar esa verdad y negar el progreso, sería un mismo y abominable error.

¿Cada día se abre más campo la democracia? No se publiquen entonces tratados, como los que a continuación copiamos del mismo número de la «Hoja Obrera», que contienen lo que venimos comentando:

«En Costa Rica gozamos libertad de prensa, libertad de reunión; libertad de sufragio, pero somos esclavos miserables de la tiranía del capital. Los pequeños y los grandes monopolios nos dominan a su antojo y nadie protesta; sufrimos callados y resignados.»

Los que se enriquecen impidiéndonos el precio y la calidad de los artículos necesarios para nuestra subsistencia, no hacen más que aprovecharse una oportunidad que no les ofrecerían pueblos que comprenden sus derechos. Esos costos monopolizadores son legales, pero no son justos. Nuestras leyes permiten que dos o más individuos o compañías se pongan de acuerdo para fijar el costo de producción y el precio de venta de cualquier artículo y nosotros pagamos sin protestar el precio a que les da la gana vender a nuestros tiranos. Nuestros obreros también reciben humildemente el sueldo impuesto por los patrones.»

Quizá no se recuerde la verdadera democracia, en el concepto de quienes más denudedo la defienden, descansa sobre la dignidad del trabajo manual y sobre su libertad.

Quizá no se acordó un poco al elogiar nuestra libertad de imprenta, que tan injustamente, fué destituido el señor... en la Imprenta Nacional, el señor... radador de «Hoja Obrera»,... as sólidas y artísticas. Elegantes modelos. Compra de...

señor don Guillermo Casasola. Tal vez asimismo se haya olvidado que ese periódico hubo de publicar enérgicos escritos de protesta cuando se cometió la destitución de Albertazzi Avendaño, un maestro esforzado que usó de la libertad de imprenta para atacar por la prensa a algún funcionario. ¡Bendita Libertad y bendita Democracia!

En elogio de la libertad de reunión, muy poco será lo que sincera o concientemente, pueda decir ese periódico, si sabe que el año pasado se prohibió una manifestación pública antiyanquista, semejante a las que en muchos otros países fueron permitidas por entonces, que iba a celebrarse, de acuerdo con el histórico precepto constitucional, pacíficamente y sin armas.

De la libertad de sufragio no se haga mención siquiera, si en el mismo artículo en que se reconoce su existencia real, se ha de decir, como se ha dicho, lo siguiente:

«Si comprendiéramos la degradante tiranía comercial e industrial que nos sujeta del cuello, dejaríamos de hablar de libertad de sufragio para dedicarnos a estudiar la manera de emanciparnos industrial y comercialmente.»

Pero, sobre todo, no se incurra nunca en la injusticia, que podría parecer complicidad, de hacer creer que «nadie protesta» y que sufrimos el mal atroz, «callados y resignados». Zeledón ha protestado, pero los mismos que no quieren que resignadamente se sufra el magno vejamen, han acudido con presteza a callar su voz, temerosos tal vez de que la luz que brota de sus palabras, ilumine de pleno las conciencias. Las frases suyas que siguen, constituyen la mejor protesta:

«Todos son en verdad vuestros enemigos. Los que os predicán regeneración y los que os brindan bienestar.»

Si acaso vuestra ilusión candorosa os lleva a imaginar que los odiados círculos gubernamentales, cuya acción opresora sienten vuestras espaldas desde hace tantos años, van a caer por fin al golpe de vuestra porfía, bien pronto vais a salir de vuestro error. Esos círculos son invulnerables. Para eso se dividen diestramente en todos los bandos combatientes. Para eso cultivan con esmero fraternales amistades en el centro de todos los partidos.»

La conmemoración del 1.º de Mayo, iniciada por este Centro, y efectuada por la mayoría de las sociedades obreras del país, fué también una protesta valerosa contra los desmanes del régimen capitalista, que sin embargo, no le mereció a la «Hoja Obrera», órgano defensor de los derechos del pueblo, sino una breve gaceta de crónica, en tanto que la elogiaban grandemente los diarios que no lucen investidura de paladines del proletariado.

Porque la política es obra del capital, y mientras ella subsista, subsistirá la tremenda opresión de que el periódico obrero se lamenta... por eso, decimos, es que Zeledón, vamos nosotros contra ella. *Leverdays*, en *Las Asambleas Parlantes*, ha dicho: «Los ricos compran el sufragio, como compran la tierra, la influencia con el dominio, y es así como la tontería se convierte en Diputado». Y así es como se convierte, muchas veces, en Gobernador, en Ministro y en Presidente.

En efecto. ¿Quién da el dinero para los gastos de propaganda política, alquiler de locales para clubs, publicación de hojas sueltas y periódicos, envío de comisiones, etc.? ¿lo dan los pobres? ¿Quién dirige los partidos, sino el mismo grupo que da el dinero? Cuando triunfa el partido, ¿quiénes ocupan los puestos políticos que implican la dirección del país sino los mismos que han sido directores de la lucha y proveedores de los fondos que consume? Ellos o sus amigos incondicionales, que son, a cambio de constantes prebendas, los más fieles centinelas de las cajas que guardan el oro. Siendo ello así, podrá ser posible que los Poderes Públicos se conviertan en defensores de los derechos del proletariado, y por lo mismo en amenaza de los intereses del capitalismo?

¿Cuándo, en qué ocasión tan lejana, que no la recordamos, ha nacido una candidatura presidencial del propio corazón del pueblo? ¿Cuándo se han agrupado las masas, sin que intervenga la sugestión de ciertas gentes, para ir a llamar a las puertas de algún hombre? Nunca. ¡Ah!, cabe repetir las palabras quemantes de Harold en el drama de Bjornson: «os quejáis del actual estado de cosas, y sin embargo no sostenéis.»

Prescindimos de refutar el cargo personal y absolutamente falso de que Zeledón excomulga a quienes no piensan como él, porque su misma pluma lo ha hecho y con brillantez.

Y vamos a otra cosa. Dice «La Hoja Obrera»:

«En este punto de condenar la política, conviene la extrema anárquica y el ultraconservatismo.»

Sin ser anarquista ni ultraconservador ha anatematizado a la política ese mismo periódico, en épocas anteriores, y lo ha hecho asimismo, en días recientes, «La Aurora Social», el órgano de la federación de trabajadores. Sin ser anarquista ni conservador lo hizo Pi y Margall cuando dijo que la política «es el arte de engañar a los pueblos». En las mismas condiciones, con lujo de pensamiento, lo han hecho Clemenceau, el ex-Ministro francés,

Spencer, el eminente filósofo, Dalloz, Armand Silvestre, Francisco Copé, Buchner, Guillermo de Greef, Sergi y muchos otros más, entre los cuales se cuenta un miembro distinguido del Partido Republicano, que, como podría comprobarse, ha hecho en privado repetidos elogios de la hoja de Zeledón y se ha acercado a felicitar por ella a su autor. De los otros partidos políticos, aunque no personas de mucha importancia dentro de ellos, algunas han manifestado la complacencia que les causó su lectura.

Se haría interminable la tarea de comentar frase por frase las de la «Hoja Obrera». Su principal argumentación consiste en decir: que la hoja en referencia es propia para sembrar desconfianzas, para anestesiar o matar el espíritu público y para sufrir al surgimiento de las dictaduras. Que Estrada Cabrera la editaría en gran cantidad. Que con su criterio no se hubiera hecho la Revolución Francesa. Que «muy al contrario: aún la nobleza insolente y endiosada, se creería árbitra de vida y haciendas; aún los obreros y los campesinos serían tratados como siervos y vendidos como bestias, y aún los Papas y los Reyes imperarían sobre las conciencias».

«Con qué derecho, si existe el pudor, se hace la suposición de que han desaparecido los privilegios de los grandes y la esclavitud de los pequeños, cuando al par de ella se levanta una protesta contra los monopolios del capital y se clama al cielo por la justicia que debe amparar a los patrias desgraciados que los sufren? Sólo una de tales actitudes puede ser razonable y sólo una puede ser sincera.»

Bien lícito es, en consecuencia, sembrar desconfianzas en el ánimo del pueblo, con respecto a las convicciones de los hombres que tan contradictoriamente proceden en el desarrollo de su pretendida obra emancipadora; que conocen el mal y quieren ocultarlo; que se quejan de que nadie se le enfrente y atajan el esfuerzo que contra él se levanta. Eso, adormecer las conciencias con el canto de mentidas conquistas del derecho, de ilusorias adquisiciones de la democracia, de falsos prestigios de la justicia... eso sí es matar el espíritu público y abdicar de toda grandeza y de toda altivez para ofrecerle las ancas regocijadamente al espolon de la tiranía. En esa masedumbre voluntaria ha plantado los cimientos de su horca Estrada Cabrera y han fundado sus castillos malditos todos los déspotas del mundo.

La Revolución Francesa se construyó, por cierto, depouciendo todas las conveniencias del momento y borrando todos los los pliegues del carácter, para negar, como ahora lo hacemos, y como ya lo hizo Zeledón, la falsa bondad de los regimenes existentes. Y fueron esas conveniencias siempre falaces, y esas falsías siempre inicuas, las que desvirtuaron su sentido, al punto de haber hecho decir a Jaures, que no es anarquista, que urge repetir la Revolución Francesa... Más de cincuenta mil hombres acogieron esa frase con un hurra formidable que todavía repercute en los cimientos inseguros de Francia.

Preparan el régimen liberticida los partidos políticos personalistas y vacíos de ideales como los nuestros, cuyo triunfo significa siempre la sujeción de los intereses nacionales al interés particular de un individuo o de una camarilla de ambiciosos. Toda la reforma que después de cada lucha eleccionaria se realiza consiste en sustituir a unos individuos por otros en el reparto de las posiciones honoríficas y bien remuneradas.

Atacamos la política, porque sabemos como «La Hoja Obrera», «que a la sombra de las banderas democráticas crecen muchos logreros como hongos malditos al pie de un tronco robusto». Porque sabemos que ese tronco es el pueblo elector, de cualquier partido que sea, y que su savia la absorben siempre los elegidos, los que se erigen en electores de la política, que pertenecen a un mismo grupo social, y que, fuera de los instantes de lucha, están perfectamente unidos, resguardando con común ardor sus intereses privilegiados, con daño de los del pueblo, que también pertenece a un solo grupo, al cual se procura mantener dividido para que no aniquile con la fuerza de la unión el vigor de los ultrajes que incesantemente lo victiman.

Nosotros no excusamos el mal diciendo que «es humano», ni lo autorizamos con la declaración penosísima de que «no se puede impedir». Lo reprobamos, y para destruirlo, damos de piquetazos, valerosamente, a la farsa que lo encubre.

El día que los campesinos y los obreros, que suelen ser los únicos engañados, se compenetren de la verdad y de la justicia de estas ideas, le negarán su esfuerzo a la política, y ella reaccionará en el sentido de dejar de ser egoísta, personal, innoble, fomentadora de odios, calumnias y crímenes en la lucha y productora de desbarajustes en la victoria, para dar paso a los ideales que ansían haya en todos los hogares Pan,—el que en estos días les ha faltado a varias familias, encontradas, según los periódicos, en trance de morir de hambre—; que haya para todos los hombres Libertad,—la que fue arrebatada al Editor de «Hoja Obrera», la de reunirse de que no dispusieron los manifestantes antiyanquistas—; que todos los pueblos vivan en Paz, por mandato soberano de la conciencia colectiva, y no porque estén exentos de ataques, prestándole, con su tranquilidad, glorias ficticias a la vanidad de los Gobiernos.